

Marañón, contemporaneísta

Aunque la obra historiográfica de D. Gregorio se desarrollara más placentera y anchurosamente por los caminos de la Modernidad española, los últimos siglos del acontecer hispano también se vieron iluminados en muchas ocasiones por sus estudios y reflexiones. Las Cortes de Cádiz y la guerra civil de 1936, fechas liminares tradicionalmente hasta hace escasos años de la denominada Edad Contemporánea, se enriquecieron así con los análisis y meditaciones del último polígrafo de nuestras letras. Y en todo el territorio acotado por dichos hitos, episodios y personajes de la crisis del Antiguo Régimen, del consolidamiento del liberalismo, de la Restauración y hasta de la Dictadura y de la II República imantaron su pluma en no pocas ocasiones.

Al propio tiempo, la contemporaneidad mundial también atrajo su interés llevado de una curiosidad inagotable al par que embridada. Sintiendo muy a lo vivo lo que él gustaba denominar «patriotismo del tiempo» contempló dolorido «el gran suicidio de Europa» en la Primera Guerra Mundial, cuyas principales causas, o al menos las que con más fuerza concurrieron a la hora de su desencadenamiento, detectó en la marea imparable de los nacionalismos, más que en otros factores también relevantes. Tardó su ánimo en sobreponerse a la impresión provocada por la segunda contienda planetaria. Pese a su sempiterno optimismo, creyó encontrar que sus secuelas no se borraían sino en el transcurso de muchas generaciones y casi con un cambio de civilización. Como otros hombres de su estirpe intelectual en el fracaso de la Sociedad de Naciones vio Marañón la pérdida de la precaria paz establecida en Versalles. Y de ahí sus dardos, teñidos de una cierta injusticia, contra la institución y los hombre de Ginebra, ciudad, por otra parte, tan amada por él. E igualmente, como la mayor parte de los componentes de su generación y, sobre todo, de su cepa ideológica y talante espiritual, simbolizó en el proceso de Nuremberg el remate de los horrores de una era trágica.

Sus incursiones por la contemporaneidad mundial fueron con todo fugaces y ocasionales. Las realizó a menudo como marco englobador de la española, al paso que como espejo comparativo. Por otra parte, habrá de tenerse siempre presente a la hora de estudiar el quehacer historiográfico de D. Gregorio el hecho ya resaltado en el inicio de este artículo. Según las costumbres imperantes, tendió a pensar que la historia contemporánea tiene no poco de periodismo, sin que se pudiera aplicar con serenidad el escalpelo de la crítica a la humanidad presente o más inmediata.

El que Marañón consagrara a los temas contemporáneos los trabajos de menor empeño y ambición de su incesable pluma determina que sus puntos de vista acerca del XIX español y de la época del XX por él vivida tengan que agavillarse tras un rastreo moroso por su enciclopédica obra. La consiguiente yuxtaposición de textos —único y grosero proceso metodológico para su análisis— obliga sin duda a cierta inducción forzada cuando no violenta, con el peligro inevitable de no calar con exactitud en el pensamiento

del autor. Pero aun así una antología de los asertos marañonianos en punto a figuras y eventos así como a interpretaciones de la contemporaneidad nacional será empresa que siempre arrojará un saldo positivo para la interpretación cabal de un tiempo con el que el generoso espíritu de D. Gregorio se sintió plenamente identificado, en sus tropiezos y aciertos.

Puesta al día y pasada a través de un espíritu más plural y receptivo que el de D. Marcelino, la concepción de la historia española explicitada en la obra de D. Gregorio es de clara filiación menendezpelayana. Su infancia y formación juvenil, transcurridas en un ambiente de sacro respecto a la tarea del ilustre santanderino, explican tal huella, perceptible hasta el postrero de sus trabajos. Naturalmente esta devoción no se convirtió en ciega beatería, llevándole a discrepar del autor de la *Historia de los heterodoxos españoles* en buen número de enfoques y materias. Así, frente a la visión antidiocesca de Menéndez Pelayo, sabido es que D. Gregorio exultó casi literalmente con los muchos dividendos que el balance de aquella centuria arroja para la convivencia patriótica. Fraguado su mejor espíritu en el «amor al hombre y la ciencia», el autor de *Las ideas biológicas del Padre Feijoo* llegó a considerar al Setecientos —al europeo y al español o, por mejor decir, al hispanoamericano— como el siglo que más se aproximó a su modelo particular de perfección. Para él, que nunca profesó «la religión de los grandes hombres», Feijoo o Jovellanos se le presentaban como paradigmas del intelectual y del patriota. Por tal senda llegó justamente a estimar a las Cortes de Cádiz como la desembocadura y el remate lógicos del siglo de las Luces. Las páginas más encendidas salidas de su pluma, en todo momento más propensa al elogio que a la censura, fueron tal vez las consagradas a enaltecer el legado del doceañismo, con cuya savia D. Gregorio aspiró a fecundar toda la historia posterior, muy alejada por lo común de la senda abierta en Cádiz. Su retrato *en noir* de Fernando VII —prólogo a la mejor obra de Natalio Rivas, *Luis López Ballesteros, ministro de Fernando VII*— y el canto epinicio a Juan Martín, el Empecinado, no responden más que al sentimiento de frustración ante una herencia torpe y hasta alevosamente maltratada. Frente a la división de los españoles consagrada por la guerra de la Independencia y las alternativas del reinado fernandino, los manes dieciochescos resurgían en el espíritu de D. Gregorio al proclamar con énfasis que de haber vivido en aquellos días, hubiese sido «jovellanista». Esto es; hombre de lo que, aplicando la conocida clasificación de un estudioso francés respecto a las corrientes religiosas del catolicismo galo en el curso del XVII al XVIII, bien podría denominarse «tercer partido». Al adscribirse así, no hacía otra cosa más que alinearse en lo que, con más propiedad aún —aunque a muchos oídos suene a heterodoxia doctrinal—, cabría y debería denominarse «tradicción liberal». Falange reducida, pero egregia del pasado nacional más reciente, en la que en todo tiempo, y más en el presente, se ha pretendido introducir de matute alguna mercancía averiada, incluso, paradójicamente, por algunos de sus críticos más acerados...

Muy encariñado con el romanticismo —intuiciones y juicios felicísimos en sus escorzos de Musset, Almeida, Garret o Espronceda— y aún más enfervorizado con los libros de los principales viajeros que en la primera mitad del Ochocientos nos visitaron, era natural que las guerras carlistas, en especial la primera, despertaran la atención de su pluma. Lector también apasionado de Galdós y de Baroja, ello añadiría una segunda motivación para analizar con *intellecto de amore* el primer gran desgarró de la convi-

venia hispana contemporánea. Lo mucho que de renovador y positivo trajo la España romántica fue bien captado por la retina del gran clínico. El énfasis en lo pintoresco y el orgullo de lo típico lo incluye D. Gregorio con buen criterio en su haber. El Romanticismo fue tal vez el penúltimo estallido de la rica humanidad hispana y Marañón lo auscultó con justeza y gozo. Bandidos y cigarreras, ventas y corridas, miseria y colorido fueron traspasados por su mirada para aprehender lo que en ellos había de mejor veta del carácter nacional (pues D. Gregorio sería decidido partidario de la teoría de la distinción entre los pueblos y de la especificidad de su historia). Es curioso a este respecto observar, empero, que no fue muy sensible a la comprensión profunda del fenómeno carlista. Vio en él el halo romántico que indudablemente envolvió a sus gestas y héroes, pero se quedó en el umbral de su significado como movimiento popular y campesino. Naturalmente, no le reprochamos el que no suscribiera tesis tan groseras intelectualmente como las propugnadas en fechas recientes por algún dómine ignaro que analiza el carlismo en clave de lucha de clases; pero sí podemos lamentarnos que una inteligencia tan poderosa como la de Marañón no penetrara más en su reflexión. Con todo, no hay que olvidar que D. Gregorio fue un hombre esencialmente urbano y que en su amada Toledo, principal mirador de su contemplación española e historiográfica, el carlismo sólo aquistó la simpatía, eso sí, nutrida y copiosa, de la clerecía. Pues, si, con exactitud, un día dijera Castelar que España no era republicana por no serlo Castilla, con más exactitud aún pudo decirse lo mismo respecto del carlismo.

Bien al tanto de todas sus debilidades y negruras, el espíritu de Marañón se sumergió con alborozo en el del constitucionalismo. Su profesión de insobornable liberal había de conducirlo lógicamente a un estudio moroso, si no siempre concienzudo, del aporte de este movimiento a la historia patria. Con una simpatía universal cubrió a sus hombres e ideas no deteniéndose en sus lacras y deficiencias; por más que, insistiremos, fueran hartamente conocidas por él. Sólo lamentó que su afinamiento viniera de la mano de victorias militares poco conciliables con la reconciliación y tolerancia, por mucho que se afanaran los liberales egregios en tender la mano de la comprensión hacia el vencido.

La primera Restauración supuso para él el vértice y la cresta dorada de la convivencia en la España liberal. Algunas de sus mejores y, desde luego, más emotivas páginas consagradas están a la loa de las relaciones amistosas entre Menéndez Pelayo y Pereda con Galdós, de linajes ideológicos tan contrapuestos. Ese fue el ambiente que respiró en su niñez y al que procuró ser inalterablemente fiel; consiguiéndolo...

El gran médico era un absoluto convencido de que la buena tonificación liberal del espíritu público se traduce en un alto grado de creatividad, y de espíritu de superación individual y colectivo. La por él bien llamada «Edad de Plata» de la literatura española no fue más que una corroboración esplendente de tal convicción. Aunque él mismo perteneciera a una generación —la del 14— poderosamente inventiva y creadora y más abierta y menos casticista que las finiseculares, pensaba que en algunos terrenos, sobre todo en el de las Letras, los novelistas del 68 y los hombres del 98 habían señalado una cota que tardaría largo tiempo en superarse.

No era sólo la atmósfera de libertad o el esplendor de la gran narrativa, las únicas características de la Restauración que satisfacían a D. Gregorio. A pesar del astillamiento del 98, afirmaba que el canovismo había sido una de las grandes creaciones de la

política española de todos los tiempos. Su artífice no tuvo rival español o extranjero en las preferencias políticas de Marañón que ponderaba con frecuencia las ingentes dificultades que el estadista malagueño tuvo que remontar para ofrecer a su país una pacificación real y unos presupuestos de avance en todos los terrenos, que sus sucesores en la gobernación de España no supieron desarrollar. De forma muy expresiva, esta «fidelidad» canovista marca la única ruptura con sus restantes compañeros de la hornada de 1914. E igualmente, pese a su devoción por Cajal, su regeneracionismo no encuentra su principal raíz en el Desastre, contemplado de manera muy comprensiva y hasta indulgente sin unilateralizar responsabilidades ni recargar las tintas.

Como algunos otros de sus grandes contemporáneos —Azaña, Maeztu o Madariaga por ejemplo— Marañón vivió históricamente la gran guerra europea, como se diría por los hombres de su generación. Es decir, advirtió en su transcurso los síntomas que anunciaban un verdadero cambio de civilización; caló también por tanto en el *tournant* que sus efectos y consecuencias sobre la historia de su país habría de producir aquélla. Escritos coetáneos y posteriores permiten observar su despedida íntima y sentimental de costumbres y actitudes vigentes hasta entonces.

Y, sin embargo, será el decenio transcurrido entre Sarajevo y la llegada de la I Dictadura española el que menos juicios despierta retrospectivamente de su pluma. Posee el gran clínico datos de primera mano sobre la andadura del problema militar, así como de la pujanza de los nacionalismos y del movimiento obrero acaudillado por Pablo Iglesias, proporcionados tanto por una observación desde posiciones privilegiadas como por el trato directo y asiduo de figuras relevantes. Pero aún así, insistamos, sus panoramas acerca de dicho período resultan excesivamente generalizadores. Probablemente ello debióse a la especial melancolía que despertaban en su alma unos años en que se quebró el modelo de convivencia para las gentes de su patria. En un diagnóstico que hoy corrobora la historiografía más solvente, Marañón creyó ver en el mencionado decenio la etapa en que, liquidado el impulso regeneracionista de la monarquía de Alfonso XIII, éste no fue reemplazado desde las instancias rectoras del país por ninguna otra sugestiva empresa nacional. Y al igual que algunos sobresalientes especialistas del reinado, su pluma llegó a inclinarse por endosar la mayor parte de responsabilidad histórica del hecho a las nacientes fuerzas —más a la proletaria que a la de la burguesía progresista:

Una parte de los estudiosos, de los creadores, en aquellos años críticos, se alejaron de la Monarquía. Hoy todavía tienen argumentos de indudable valor dialéctico los que defienden que la culpa fue de ellos; pero también los que dicen que la Monarquía no los supo captar y retener. Las masas de trabajadores, a la misma hora en que gobernaban casi con carácter de partido centro en otras monarquías de Europa, se colocaron irreductiblemente enfrente de la nuestra, en un extremismo que, con la capa liberal, escondía un furor genuinamente antiliberal. Y aquí también queda flotando, sin posible contestación inmediata, la misma angustiada interrogación: la culpa, ¿de quién fue?» (*Obras Completas*, I, Madrid, 1975, 719).

La posición proalfonsina que revela esta visión presta mayor imparcialidad y objetividad a los comentarios de D. Gregorio acerca del septenado primorriverista.

Convertido en personalidad nacional, en el hombre de ciencia junto con Cajal más admirado por la opinión pública, el autor de *El Conde-Duque de Olivares* fue testigo descollante de la aventura dictatorial del militar jerezano. Se recordará cómo el juicio marañoniano sobre su empresa fue absolutamente descalificador; y con él, también el

de la actuación de la Corona. Ningún rescoldo personal latía en este anatema, fruto sólo de una ponderada meditación. Pese a ser injustamente perseguido por el general gaditano y a eclipsarse momentáneamente la simpatía regia, el talante y la vocación historiográficos de D. Gregorio lograron vencer a cualquier impulso o arrebató, muy lógicos, por lo demás, en su caso particular. Y, aunque su adscripción al credo republicano data de entonces, no se alimentó de ninguna fobia personal, sino de la convicción de haber agotado sus virtualidades el régimen nacido en Sagunto. En horas de denuestos e inverecundos ataques al dictador, Marañón no dejó de resaltar algunas de las atra-yentes cualidades de su humanidad, si bien —significativamente— encarecería siempre menos las del monarca. Al quedarse a mitad del camino, al no provocar sus logros materiales un cambio en la estructura social, la Dictadura fue para él un paréntesis, al término del cual los grandes problemas nacionales aparecerían peraltados. Hoy se presenta insuficiente cualquier análisis o interpretación global y honda de aquélla o de cualquier análisis o interpretación global y honda de aquélla o de cualquier otra dictadura desde los supuestos de la sicología de su supremo jerarca, tal y como el gran médico pretendiera en su famosa biografía acabada de mencionar y en algunos otros de sus estudios. Pero a la vista de la historia del régimen primorriverista o del mussolinista, una parte sustantiva de esta hipótesis tiene que aceptarse sin mayores reservas. Por lo demás, conviene traer a colación nuevamente que para Marañón la causa última del fracaso de la I Dictadura española del siglo XX fue la insuficiencia de su capacidad renovadora.

Partero, como él llegó a escribir en más de una ocasión, de la II República, el curso de ésta fue seguido por D. Gregorio con creciente desilusión. Sus derechos de paternidad —menos oscuros de lo que él modestamente se atribuyó— no le llevaron, claro es, a ninguna idea tutelar o patrimonializadora, pero sí le llevó a depositar en el nuevo régimen un caudal de ensueños que poco a poco se fue evaporando.

Sobre intención en los sucesos que he referido, se creó una leyenda. Los periódicos extranjeros repitieron que yo había sido «l'accoucheur de la République». La verdad es que fui sólo un testigo presencial del parto... Ningún otro superó a éste en apariencias halagüeñas; ninguno venía tan henchido de tragedias. Se dice que Lucifer, cuando nació, parecía un ángel y esto se ha repetido mil veces a través de la historia. Pero no olvidemos que errado o no, había un ímpetu generoso en el ambiente de aquellos días; y acaso esa generosidad se incorpore algún día a la savia de otro árbol más robusta y vuelva a fructificar. (Obras Completas. Madrid, 1976, IV, 494-5).

Sólo el homenaje a su ponderado espíritu y la concesión al relativismo ínsito en su bondadosa alma impiden considerar a D. Gregorio como el debelador más implacable entre los críticos amorosos de la II República. Probablemente su requisitoria, en verdad inmisericorde, guardó estrecha proporción con esas inmensas esperanzas depositadas en la hora de su advenimiento a las que poco más arriba se ha hecho referencia. El tema requiere un espacio y una ambición que no anima a los presentes renglones. Pero sería muy esclarecedor un estudio monográfico que, con ayuda de un epistolario todavía absolutamente inédito, ratificara o matizara las posiciones del eximio escritor hacia la II República, explicitadas en sus libros o conocidas por otros testimonios, como, por ejemplo, el muy expresivo y curioso de D. Claudio Sánchez Albornoz:

Ignoraba que Marañón estuviese en Lisboa. Me unía a él, sin embargo, una buena amistad y una muy íntima a su yerno, Alejandro Fernández Aráoz, compañero de estudios, de Ateneo y de juventud, y no me sorprendió verle llegar a la Embajada. Pero sus noticias me inquietaron